

Historia y convivencia en María Zambrano

Eva María Márquez Jimeno. Universidad de Málaga

Es necesario hacer una reforma del entendimiento¹ según nos pide la unidad de vida y pensamiento en que consiste la razón poética zambranianiana. Todos los conceptos de la filosofía han de ser iluminados por la vida. Y la vida es un latir de una persona concreta que trasciende, que rompe barreras, para darse en otra vida y compartir con ella el agua de la *fonte* de la sabiduría. Unidad de vida concreta y vida trascendental, círculo hermenéutico de la facticidad de la vida². Una vida que es histórica, que en cuanto realidad viviente compartida, en cuanto sociedad, es el sujeto de la historia. La unidad de vida, que se actualiza como sujeto e historia, conforma la sociedad.

Necesitamos, como decía Ortega y Gasset, una nueva filosofía, toda una estructura viviente de palabras verdaderas. Te doy mi palabra, decían los hombres... que tejieron la historia, mi historia, y estrechando mi mano me la ofrecieron en entrega, en tradición. Pero una nueva luz conforma no sólo nuestras ideas sino que también vivifica nuestras creencias. Filosofía hecha vida de nuestras entrañas, que está escrita solamente en nuestros ínferos, en la sombra de mi soledad blanca, la soledad de la realidad de la vida que cuenta una historia. Una filosofía joven en su radicalidad necesita sangre joven, sociedad nueva.

Pues “sólo se justifica y vivifica la inteligencia cuando por sus palabras corre la sangre de una realidad verdadera. Pero la verdad es siempre cosa para todos los hombres, por lo menos de muchos, para llegar a ser de todos; la verdad se muestra al pueblo reunido, cuya voz suena terrible para oídos desacostumbrados. Es hora ya de que el intelectual escuche esta voz y la haga inteligible, actual e inviolable; es hora de que renuncie a la alevosa e hipócrita libertad burguesa para servir a la verdadera libertad humana, que sólo es posible desenmascarando hasta lo último los restos inservibles de un pasado que no quiere pasar y acepte, alumbrándola, esta verdad que sólo al pueblo puesto en pie se muestra”³.

Este quehacer filosófico está por llegar, está llegando, está en la juventud que quiere despertar, pero el juicio de muerte de la racionalidad moderna, interesada, de nuestros mayores no deja que se revele. Porque, si no, ¿cómo habría sacrificio que aplacara la ira, el hambre de dominio y no de servicio, de nuestros falsos dioses? La filosofía somos nosotros los jóvenes y no los libros rancios, tan rancios, que, cuando no dan vida sino juicios de muerte, ellos mismos se entierran. La historia es viviente y no escritura torpe donde no laten ni tiemblan las palabras, porque la metáfora del corazón no guía el pulso del decir. El susurro de nuestro silencio está acogiendo la palabra

¹ M. Zambrano. “La reforma del entendimiento”. En *Hora de España IX* (septiembre 1973) pp. 13-28.

² Cfr. M. Heidegger. *Ontología: Hermenéutica de la facticidad*. Madrid: Alianza, 1999.

³ M. Zambrano. “La libertad del intelectual”. En *25 años de la UNED en Málaga*. Málaga: Centro “María Zambrano” de la UNED, 2002. p. 109. Tomado de *El mono azul*, 10 de septiembre, 1936.

creadora de María Zambrano y recreándola en la sociedad que ya vive al margen de toda filosofía racionalista que guarda rencor a la vida. “Necesitamos, pues, —comentaba Ortega— toda una nueva filosofía, todo un nuevo repertorio de conceptos fundamentales y aborígenes. Estamos iluminados, por una nueva fulguración”⁴.

Por ello la historia como “proceso de capacitación humana”⁵, propio del pensamiento de Zubiri, queda actualizada en la filosofía de María Zambrano cuando se nos dice que el hombre “ha de ir cobrando su ser en su vida y que la vida debe ser identificada; el ser despertado siempre en forma intermitente y el pensar vivificado y viviente”⁶.

Al realizarse el hombre con las cosas reales se está realizando con la “realidad en tanto que tal” y al mismo tiempo y en ella con “la realidad como realidad”⁷. Son los momentos talitativo y trascendental de la realidad en cuanto formalidad como se actualizan las cosas en la intelección para que el hombre pueda realizarse con ella. El hombre tiene ante todo que vérselas con la realidad enfrentándose con ella. Pues “la relación típicamente humana con la realidad, no es primariamente la de verla, sino la de tener que tratar con ella, vérselas con ella. Y en este vérselas con la realidad, el viviente se defiende ante todo, de su carácter invasor, de su fuerza avasalladora, de su inmensidad. En la realidad, más que en los sueños y en las quimeras inventadas, es donde el hombre más arriesga el perderse. El lugar de la realidad, es ante todo para el hombre —para el pobre hombre obligado a vivir— el lugar de perdición”⁸, y de encuentro; lugar de realización o, por el contrario, de desmoralización.

La realidad que es la historia también, como toda realidad, ha sido larga, “pesadamente padecida por los hombres”⁹, y es hora de que el hombre como individuo social se realice como realidad histórica tanto a nivel personal como en unidad con las otras realidades humanas, es decir, como realidad social. Los hombres con los cuales construyo la historia son realidades físicas que intervienen en mi vida desde su vida; intervienen en mi situación desde su situación. En mi acto vital de realización intervienen en forma de humanidad los otros, que al mismo tiempo se co-realizan conmigo. Por ello al hacer la vida con los otros hombres y mujeres estamos actualizando la humanidad en la forma de co-situación de convivencia.

Los demás, los otros, la humanidad con la que y en la que me realizo está en mí tanto a nivel genético como en forma de convivencia. Por pertenecer genéticamente al animal de realidades, por ser inteligentes, es por lo que puede haber historia. Es la realidad genética transmitida por los padres la que posibilita la historia. Los otros, en cuanto pertenecientes a un mismo *phylum* genético están ya en mí. También estamos unos en otros en forma de convivencia social. El hombre no vive en un *medio* sino en

⁴ J. Ortega y Gasset. *Sobre la razón histórica*. XII. p. 196.

⁵ Cfr. X. Zubiri. “La dimensión histórica del ser humano”. En *Realitas I*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1974. pp. 52 y ss.

⁶ M. Zambrano. *Notas de un método*. Madrid: Mondadori, 1989. p. 42.

⁷ Cfr. M. Zambrano. *Persona y Democracia*. Barcelona: Anthropos, 1992. p. 12.

⁸ M. Zambrano. “Realismo y realidad”. en *Condados de Niebla* (2002). pp. 80-1.

⁹ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 12.

el mundo de la realidad. El modo de unidad del hombre con los demás no es en forma de agrupamiento sino de convivencia social.

Si nos preguntamos quiénes son los otros hemos de considerar el punto de partida de nuestra consideración sobre la alteridad en que consisten los demás. Si se parte de los demás como una *alteridad numérica* que se une por el vínculo de la cooperación tenemos la *polis* como lugar de convivencia social del mundo griego y la realidad del *socio*, elemento constitutivo de la cultura medieval.

Pero nuestra forma de intelección creadora se acerca a la sociedad sopesándola desde la unidad de sistema de su realidad en convivencia. Es la unidad de *lo social* lo primordial y fundamento de la sociedad. De esta unidad de lo social es de donde hay que partir para un estudio de esta sociedad sujeto de la historia. No, pues, a la oposición entre lo social como sustantividad propia y el individuo incurso en ella. No, a Comte y a Durkheim. Ellos piensan que la sociedad posee sustantividad, que es una cosa, una omnímoda sustancia que domina al colectivo humano. Como cosa, como realidad sustantiva, existen solamente los individuos. Pues “como sustantividad, la sociedad no tiene sustantividad plena: es tan sólo un momento de la sustantividad de los individuos. Y como la sustantividad de los individuos es una estructura, hay que decir que la sociedad consiste en un momento estructural de los individuos entre sí”¹⁰.

La relación y el conocimiento del otro no ha de partir tampoco de una unidad de síntesis entre mi yo y el otro yo en cuanto *análogo* al mío, como defiende Husserl. Recordemos su cita obligada en la que yo en tanto que individuo social realizo unos actos vitales frente a una alteridad vital análoga a la mía. En estos actos vitales el otro es percibido como un reflejo que remite a mí mismo. “Lo que es específicamente propio como *ego*, mi ser concreto como mónada, puramente en mí mismo y para mí mismo, con exclusiva propiedad, comprende toda la intencionalidad y, por tanto, la dirigida al extraño”¹¹. Y es precisamente en esta intencionalidad donde se constituye el otro como yo, como reflejo. De este modo se nos dice que “en esta preeminente intencionalidad se constituye el nuevo sentido de ser que va más allá de mi *ego* monádico en su propiedad misma; se constituye en *ego*, no como *yo-mismo*, sino como *reflejándose* en mi yo propio, en mi mónada. Pero el segundo *ego* no está ahí simplemente, ni es estrictamente dado en sí mismo; sino que es constituido como *alter ego*, y el *ego* que designa la expresión *alter ego* como uno de sus momentos soy yo mismo en mi propiedad. El *otro*, según su sentido constituido, remite a mí mismo. El otro es reflejo de mí mismo y, sin embargo, no es estrictamente reflejo; es un *analogon* de mí mismo y, sin embargo no es un *analogon* en el sentido habitual”¹². Pero hay que anotarle a Husserl respecto a la analogía que no es lo mismo tratar al otro “otro-como-yo” que considerarlo como “otro-que-yo”.

Así, el fundamento de la versión a los demás no está en la vivencia pues antes de tener vivencia de los otros estos *ya han intervenido* en mi vida. Es una versión real y física donde se actualiza la unidad de lo social. Esta versión se da porque existe un

¹⁰ X. Zubiri. *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza, 1989. p. 255.

¹¹ E. Husserl. *Meditaciones cartesianas*. Madrid: Tecnos, 1986. p. 126.

¹² E. Husserl. *Meditaciones cartesianas*. pp. 126-7.

medio biótico propio de todos los seres vivos. Por ello el hombre se halla vertido biológicamente a un *medio bióticamente humano*. El niño, como otros animales, se encuentra vertido a su madre en la que encuentra su nutrición y amparo. Este fenómeno biótico, en cuanto está sentido por el niño, es una de las formas radicales de sentirse a sí mismo. Y es aquí donde está inscrito el fenómeno radical de su encuentro con los demás.

La propia actividad del niño le lleva a buscar a sus padres pero el encuentro depende de que ellos acudan, de que se introduzcan en su vida. Nuestra propia actividad de hombres y mujeres nos lleva a buscar a los demás pero el encuentro depende de que los demás acudan, de que se introduzcan en mi vida.

Esperamos siempre la ayuda de los demás. Pero nos enseña el refranero español: ¡manos que no dan qué esperan! Ya el niño encuentra la ayuda en esa unidad entre la necesidad de nutrición y de amparo. De ahí que en la articulación de sensaciones y respuestas están entreverados los demás; no las vivencias de los demás, sino sus realidades físicas. Al poner, por la formalización, el niño en marcha su inteligencia, entonces la tendencia a buscar ayuda se convierte en socorro. La vida es socorrenca. La unidad entre acudir y la ayuda es socorrenca.

El problema radical de la constitución de lo social en mi realidad física está en ver lo que de la realidad de los demás está en la realidad de nuestra niñez. Pues no sólo hay cosas que suscitan estados de frío, calor, agrado... al niño, sino que hay otras que son mediadoras, que lo alejan o acercan a otras, e incluso hay cosas que lo configuran al ir dirigiendo sus pasos. Los demás están en nuestra niñez configurándonos. Es la pura *humanidad* que está formando parte integral de mi vida. Es lo humano que viene de fuera.

Con ello tenemos que la realidad humana no es puramente mi propia realidad, es una realidad que desborda mi realidad. Se da un fenómeno psico-físico cuando los demás van imprimiendo en mí la impronta de su modo de ser. Reacciones de poco afecto o antipatía van imprimiendo y decantando huellas profundas en el niño, que luego traerán consecuencias incalculables. Lo primero que se da al niño es lo humano de la vida y de las acciones; el sentido de la vida, el horizonte de lo humano. Lo humano es algo trascendente e inmanente a la vez en mi vida.

Guiados por Zubiri, como en su día lo fuera María Zambrano, sentimos cómo la sociedad consiste en ser una unidad de vinculación de los hombres entre sí como forma de realidad. Yo hago mi vida afectado por la realidad de los demás. Lo social surge como momento biológico del hombre, pues desde el momento de su nacimiento, desde la cuna, los demás intervienen en nuestra vida comunicándonos lo humano de la vida. Por ello, lo primario y radical de la sociedad es lo humano compartido.

Por ello lo social es una vinculación de los hombres como forma de realidad. Mi realidad en cuanto realidad es la que queda afectada por los demás hombres. Esta afección es un modo real y físico: es una *hexis*, una habitud. Primariamente el hombre está modulado real y físicamente por los demás hombres. La *hexis* está formalmente en esta modulación. La *hexis* tiene una estructura física y real pero no tiene carácter de sustantividad, como defiende Durkheim, ni carácter resultante y operativo, según Tarde. Lo social es un haber humano recibido y compartido; lo humano que desborda de

mí. La presión que pueda ejercer la sociedad se funda en el poder y el poder en el haber.

Precisamente, el estar afectado por la realidad del otro es lo que se llama la funcionalidad de lo social. Para que exista esta funcionalidad hace falta una pluralidad de individuos y entonces la funcionalidad adopta las formas de comunidad, de colectividad o de institución. Cuando la comunidad no es de individuos sino que alcanza un nivel personal tenemos la comunión de personas y lo propio de ellas no es organizarse sino compenetrarse. Tenemos así la familia y la amistad. Y a esta unidad de formas de funcionalidad es a lo que de una manera integral debe llamarse sociedad humana.

Es viviendo en convivencia con los demás como el hombre se realiza y enriquece su persona. Vivir es autopoerse. En esta autoposición va uno configurando su vida. En cuanto yo me apropio por opción de la posibilidad de realización que me ofrece la realidad de la vida de los demás, estos están modulando mi vida. Los demás son posibilidades de mi vida. Una posibilidad es una realidad ofrecida en oblación. Mi aceptación por opción de la realidad es lo que hace de ella un poder. La realidad de los demás modula mi realidad personal apoderándose de mí. Es el poder de la sociedad.

Tratamos siempre de una sociedad que en sus entrañas adopta la forma de convivencia en democracia. Y para compartir la democracia se exige ser persona. Ya María Zambrano, cuando escribió su obra *Persona y democracia* en 1928, nos decía que el puesto del hombre en el cosmos es la sociedad, y que es la democracia el lugar natural de realización de la persona. Por aquellos años de la aparición de la obra las democracias estaban en auge. No obstante, en la segunda edición, que corresponde a la primera edición de la Editorial Anthropos, se oye la queja y el dolor de María al percibir que no se ha realizado la democracia porque no se vive según ella, no hay personas que la conformen sino máscaras. Gente enmascarada, falsos dioses, pues se creen dioses, que siguen exigiendo la sangre para el sacrificio, porque no les basta el sacrificio cumplido. Esta obra es una “verdadera radiografía de la modernidad, testimonio y análisis de la crisis europea que tuvo una verdadera encrucijada en la Guerra Civil española, balance en carne viva de esa experiencia llevada a sus más profundos ínferos, como su autora siempre nos decía, durante el proceso, rigurosamente kafkiano, que condujo a la Segunda Guerra Mundial y a sus secuelas inmediatas ... baste justipreciar, en fin su reclamo de una ética viva y ‘en marcha’ mediante la cual sociedad y persona se correspondan, para medir la grandeza y utilidad de este libro”¹³.

El sacrificio cumplido de la sociedad española y europea no ha arrojado sus frutos “sino más bien de un cáliz que muy pocos están dispuestos a aceptar”¹⁴. Cáliz, vino de la vida fermentado en los lagares del delirio de la historia sacrificial. En estos delirios, locura de amor de la filosofía, donde el hombre anhela llegar a poseerse, ¿qué voy a hacer con mi cáliz?, “ir de puerta en puerta diciendo, Señor o hermano, ¿quiere usted mi cáliz? ¿Y si nadie lo quiere?, ¿es que se le puede dejar solo, abandonado y se vierte, se vierte sobre todo? Nadie lo quiere beber y entonces se derrama y viene la confusión:

¹³ C. C. Vitier. “Presentación en Cuba del libro de María Zambrano, *Persona y Democracia*”. En *Contracorriente*, año 2, n° 6 (octubre-diciembre 1996).

¹⁴ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 8.

no sé si el mío; el mío, mi cáliz. ¿Pero tengo yo algún cáliz mío, para mí, de mí? No será uno, uno para todos, del que me cae una sola gota, una gota sólo que no pasa, una gota de eternidad?”¹⁵.

El hombre necesita arrojar su máscara al viento y deshacerse en la historia buscando su centro. Pues hay un modo trágico de afirmarse como persona —nos comenta Zambrano— que es afirmarse como personaje. El personaje es siempre trágico; “bajo él gime la persona y para liberarse un día se precipita en tragedia, después de haber precipitado a lo que de ella dependió. Si el hombre occidental arroja su máscara, renuncia a ser personaje en la historia, quedará disponible para elegirse como persona. Y no es posible elegirse a sí mismo como persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás. Y los demás son todos los hombres”¹⁶, la sociedad, que también tiene su soledad, amor compartido hasta la orilla del alba. Porque con ello “no acaba el camino mas empieza”¹⁷. Pues sentimos en el hueco de las manos el temblor de la sabiduría: aceptar mi cáliz, mi ofrenda. Ofrenda de soledad, de persona, que es camino de sol a sol, desde el alba hasta el alba.

La llamada “crisis de Occidente”¹⁸, nos indica Zambrano, ya no hay lugar a penas. Más que crisis lo que hay es orfandad, desamparo. Ella nos da la esperanza de una nueva vida. Así nos dice: “Es cuestión de volver a nacer, de que nazca de nuevo el hombre en Occidente en una luz pura, reveladora, que disipe como en un nuevo amanecer glorioso, sin nombre, lo que se ha perdido. Hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el *fiat lux*, una fe que atraviese una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo y porque sí... De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente”¹⁹. Vemos cómo la razón poética de nuestra pensadora desea que el hombre se salve y con él la historia al desear que renazca en una nueva luz. Porque “el hombre es el ser que esencialmente tiene necesidad y esperanza”²⁰, de renacer a una nueva luz, luz de la aurora, luz del alba humana.

Cuando aparece el hombre alborea como una aurora, como una herida en la noche donde se filtra la luz a modo de sangre de la creación. El alba es despertar y promesa. El hombre despierta ensoñándose y como el día despierta todas las mañanas y su error más grave es equivocarse acerca de sí mismo. Y mientras más honda, apasionadamente, se es capaz de anhelar, querer, amar, mayor es el riesgo del error. Nuestra pasión más fuerte es la pasión de ser. Hambre de realidad y sed de vida. Pasión de vida que se realiza en el tiempo. Por ello nada pasa, todo lo que un día fue, permanece. “Sólo son permanentes las victorias que salvan el pasado, que lo purifican y liberan. Y así en esta

¹⁵ M. Zambrano. *Delirio y Destino*. Madrid: Ramón Areces, 1998. pp. 305-6.

¹⁶ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 165.

¹⁷ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 165.

¹⁸ Cfr. M. Zambrano. “La crisis en la cultura de Occidente”. En *Cuadernos de la Universidad del Aire* (La Habana), febrero 1949.

¹⁹ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 8.

²⁰ M. Zambrano. “La crisis de la cultura de Occidente”. p. 29.

alba permanente del hombre, en su historia, la luz viene también del pasado, de la misma noche de los tiempos”²¹.

Siendo la sociedad en cierto modo el pasado pues está siempre ahí, nacemos en ella, nos la hemos encontrado porque venía a nuestro encuentro en forma de humanidad, “¿será pues inevitable —se interroga María Zambrano— el conflicto entre el hombre en tanto que persona portadora del futuro y la sociedad?”²². La sociedad no crea, es la persona la que está siempre más allá, ella es la que crea humanamente por su opción. Toda creación tiene sujeto personal. Sólo de una forma metafórica se dice que una sociedad es creadora. Pero la sociedad no sólo la sentimos en forma de pasado cuando creamos o inventamos pero hay otra forma más radical de aparecernos, de compartir la sociedad: “basta adentrarse en ese lugar donde pensamos, en soledad, para sentir a la sociedad, a toda sociedad como algo que está ahí, que ‘sigue todavía estando’”²³.

Sería una actitud antisocial no aceptar el pasado, la tradición. La relación con el pasado es uno de los centros del drama que toda persona ha de sufrir con sus circunstancias en la forma de costumbres sociales. El pasado es estructura nuestra y se fundamenta en “aquello por lo que el hombre es algo original y único, el ser persona-pensamiento, libertad. (...) Desde el momento mismo en que alguien levantara una piedra como señal de algo; en esa sola piedra estaría el pasado concentrado, enigmático, todo el pasado y todas las formas en que vivimos el pasado”²⁴.

Uno de los sentires que constituyen al hombre como realidad tempórea es el sentir originario. Pues antes de todo acontecimiento memorable del hombre, él ya posee un sentir temporal en forma de sentir originario. Pues nos sentimos, ante todo, venir de algo. Sentimos nuestra vida viniendo. Por fuerte que sea nuestra soledad nos sentimos acompañados de nuestro origen.

Las culturas que hemos tenido una gran religión nos sentimos venir de Dios y, además de este sentir originario, sentimos el futuro que nos arrastra en forma de Paraíso perdido, la casa del Padre. Nuestros sueños de personas, cuando verdaderamente queremos serlo de verdad, es la forma que adopta nuestra fe. Fe viva que es entrega a un amor, gracia, don, regalo, que me ofrece la vida. En esta fe, en esta entrega, que me da la vida, palpita tanto el presente como el futuro, el presente como el futuro de mis acciones realizadas y de mis sueños abrazados. La grandeza de mi fe, de mis sueños, depende de la grandeza de la civilización que vivimos, de la grandeza de la calidad de sus dioses, que diría Hegel. La grandeza de nuestra cultura radical, de nuestra filosofía, de nuestra sabiduría de la luz, de nuestra sabiduría de la claridad del sur, nos enseña que nuestra entrega de vida sólo con el tiempo podrá ser analizada. “El tiempo nos lo dirá”, porque precisamente “el dar de sí” de nuestra realidad emergente, tempórea, es lo que constituye mi historia, lo que posibilita poder contar mi total y verdadera historia. Pero esta total historia comienza a descifrarse cuando nos enfrentamos con nues-

²¹ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 37.

²² M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 127.

²³ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 127.

²⁴ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. p. 128.

tro enigma: que somos personas en las que lo divino está latiendo y a veces tiritando de frío en la indiferencia de algunas vidas. Enfrentarnos con nuestro enigma sólo se da en la madurez de la persona. Ahora cobran de algún modo sentido estas palabras de Zambrano: “Y eso solamente en una civilización cuyo Dios es persona puede darse, cuyo misterio original sea el de la encarnación del ‘logos’”²⁵. El *logos*, que como Verbo del Padre, en su intelección amorosa, reúne con su palabra la realidad humana compartida, constituyendo la sociedad.

Eva María Márquez Jimeno
Universidad de Málaga
Dpto. de Filosofía

²⁵ M. Zambrano. *Persona y Democracia*. pp. 129-130.